

desde estos micrófonos, a los que han empezado a trabajar por el centenario de la muy ilustre ciudad de San Nicolás el magno de Rionegro, dar una tregua en su justo entusiasmo, hasta que se haya asegurado la realización del más imperativo de la ciudad madre a la que nuestro pueblo debe un nombre que lo ha hecho célebre en los anales patrios, y en la historia universal. Sería mucho exigir de los nobles habitantes que se enorgullecen tan legítimamente de haber sido los herederos de la cultura, la nobleza y el decoro de la madre común, acrecentados estos atributos con los de la ciudad de Muñoz? Piénsese en que a ellos todavía les restará un año para trabajar **pro domo sua** y se verá que lo que insinúo es justo, oportuno y conveniente.

Como no será esta la única vez que haya de fatigar la atención benévola de los radioescuchas, pues habrá que seguir dando, cavando y majando hasta lograr que nuestro pueblo llegue a realizaciones verdaderamente enaltecedoras de las glorias pasadas, suspendo aquí esta cansada conversación; pero no lo haré sin hacer un llamamiento formal a todos los hijos de este agosto solar y a sus descendientes hasta las generaciones remotas, en nombre de la Academia Antioqueña de la Historia y en mi propio nombre, a que contribuya cada uno en la medida de sus capacidades y en cualquier forma, a fin de que las festividades del cuarto centenario sean un verdadero certamen de la más auténtica cultura por la cantidad y la calidad de los acontecimientos que las perpetúen.

**Emilio Robledo**

---

### TRES MUJERES AL FONDO DE LA HISTORIA DE ANTIOQUIA

Con las presentes conferencias se trata de levantar el entusiasmo del pueblo antioqueño para la celebración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Antioquia, que es la efemérides de mayor trascendencia para todo el departamento, no sólo por el hecho histórico y simple de la fundación

de su antigua sede, sino porque marca una etapa de gran significación como es el surgimiento de una raza vigorosa y altiva, que en toda época le ha dado lustre y renombre.

Unidas e inseparables andan la historia de la ciudad y la de nuestro departamento: común les es el nombre; de ella partieron en distintas ocasiones las fuerzas armadas que completaron la conquista del territorio, y de ellas salieron los pobladores de las primeras ciudades que se fundaron. Lo que de ella se diga se dice de todo el territorio. Ella es la madre; él es el hijo.

Ya nuestro ilustre gobernador, al iniciar este ciclo de conferencias, nos ha hecho un resumen muy interesante de la historia de la ciudad, desde los primeros años de su fundación hasta nuestros días, y nos ha hablado del surgimiento de la raza antioqueña; ya el señor presidente de la Academia de Historia nos ha exhortado a celebrar dignamente la gloriosa fecha; ya los doctores Londoño y Ortiz nos han hablado de la importancia de la ciudad como creadora de pueblos; y yo, para evitar repeticiones y en mi manía de recurrir para todo a cosas viejas, intentaré amenizar la mía con el recuerdo de tres mujeres de la conquista y la colonia, que simbolizan las genitoras de nuestra raza: una india, una noble española y una criolla.

La india era Inés. Refieren todos los cronistas que las indias eran inclinadas a amar a los españoles, a quienes consideraban semidioses. Tenemos la historia de doña Marina; y referida por su propio hijo conocemos la vida infortunada de la madre del inca Garcilazo. También entre nosotros hubo una Marina, digna por la excelsitud de su amor y de su sacrificio, de ser ensalzada por la pluma de un poeta.

Vivía en Santafé de Antioquia el soldado español Alvar Sánchez, joven, garrido y valeroso, quien en una de las frecuentes excursiones que se hacían por la provincia dió con una hermosa india, la trajo consigo a la villa, la cristianizó con el nombre de Inés y la instaló en su propia casa como criada. Era inteligentísima y en poco tiempo fue una experta **ladina**, lo que en buen romance quiere decir que se

hizo a la lengua de su amo, a quien seguía a todas partes como perro faldero. Cuando en 1566 organizó don Gaspar de Rodas la expedición que debía conquistar las Provincias de Peque e Ituango, Sánchez hizo parte de ella y la fiel Inés le acompañó y ambos fueron de los primeros pobladores de San Juan de Rodas. Jefes y oficiales la querían porque era muy amable y porque como intérprete no tenía rival. Cuando el Capitán Juan Velasco se entregó a la conquista de las Provincias de Cusco, Araque y Guacuseco, Sánchez y su india le acompañaron, y si Velasco hubiera seguido en esa campaña los consejos de Inés, otra suerte le habría cabido. Allí los naturales salieron a recibir a los españoles con muestras visibles de paz, "desfigurando con esto, dice Fray Pedro Simón, las sospechas que podían infundir señales de ciertas juntas que hacían los indios para acordar el modo de dar sobre los españoles y destruirlos". De esto tuvo noticia la india Inés por otras indias que con ella trataban, porque indiscretas ha habido en todas partes y todos los tiempos, y advirtió a su amo del peligro que corrían si los españoles no daban de mano primero. Pero el Capitán Velasco, a quien se lo comunicó Sánchez, no creyó en la palabra de la india y vino el desastre. Diez y siete soldados españoles y más de ochenta indios de servicio murieron en esa jornada, y a la india Inés, que cayó prisionera, "viva la partían en pedazos y hablando con ella la comían".

He aquí el triste fin de una india que murió por salvar a su amo, que para los españoles fue una mártir y para los naturales una traidora común; por que en esto de la licitud o ilicitud de una traición, aunque parezca una paradoja hablar de traiciones lícitas, todo depende del modo de apreciar los hechos y de los resultados. Con razón decía un gran pensador, tratando de lo incierta que es la justicia humana, estas palabras: "Carlota Cordey fue llevada a la guillotina por haber sido juzgada por los amigos de Marat; Judith fue paseada en triunfo por las calles de Betulia por haber sido juzgada por los enemigos de Holofernes".

Ahí tenemos la historia de nuestra Marina.

La dama española fue doña Mencía de Carvajal. Era sobrina carnal de la esposa del Mariscal Robledo, natural de la villa de Zafra, en Extremadura, pertenecía a la muy noble casa de los marqueses de Jodar y debió ser de las "doncellas bien dispuestas" que vinieron al Nuevo Mundo con el fundador de Antioquia en su segundo viaje, de las cuales habla el cronista Oviedo: "En el año de mill e quinientos e quarenta e cinco, dice ese historiador, estuvo el Mariscal Don Jorge Robledo en la cibdad de Sancto Domingo de la Isla Española, que volvía de Castilla con su mujer doña María de Carvajal, muy bien acompañado de caballeros y gente de honra, e su mujer con quince o diez y seis mas, mujeres doncellas bien dispuestas, parientas algunas dellas del Mariscal e della".

Agobiada por el peso de los años, por las privaciones a que se sometieron los primeros pobladores del continente y por muchos sufrimientos morales que naturalmente debieron minar su existencia, doña Mencía resume así la historia de su vida en una declaración que rindió ante el Gobernador de la Provincia. Dice que vino de España con su padre, cuyo nombre no menciona; que se casó en la ciudad de Antioquia con el Capitán don Bartolomé Sánchez Torreblanca; que su marido asistió a las distintas campañas que se hicieron con el fin de reedificar a Antioquia la Vieja; que presenció cuando esa ciudad fue refundida en la villa de Santafé de Antioquia; que conoció a los principales conquistadores, como fueron Juan de Tabora y Francisco de Guzmán; que vió cuando los indios asaltaron la villa de Santafé llegando hasta las goteras de la población; y que presenció también la salida de las distintas expediciones organizadas con el fin de completar la conquista del territorio antioqueño y de continuar la difícil y nunca terminada conquista del Chocó.

Fue la primera dama española que pisó tierra antioqueña y alcanzó a vivir más de ciento diez años. Sufrió lo indecible con los deslices de dos de sus hijas y con la prolongada prisión de su marido, a quien se le hizo cargo de la muerte del Gobernador Valdivia, por haber aconsejado a los indios natabaes que no pactaran la paz con él, por ser fácil

vencerlo dada la escasa tropa que llevaba. Se le sindicó también de haber dirigido un anónimo al mismo Gobernador, en el cual calumniaba vilmente a la esposa de éste, anónimo que el Padre Castellanos puso en verso en la siguiente estrofa:

“Volved, Gobernador, por vuestra honra,  
 Porque la lealtad que prometida  
 Fue por vínculo santo no se guarda,  
 Y el sacro genio de la casta cama  
 Anda menospreciado y abatido;  
 Y aquella compañía de parientas  
 Que con ella quedaron en Victoria,  
 A donde las dejastes, asimismo  
 No viven con aquel recogimiento  
 Que deben a su noble parentela”.

Ese anónimo surtió el efecto que su autor se propuso. Valdivia perdió el juicio y se hizo matar, y aun cuando supo que se trataba de una vil calumnia, ya fue tarde.

Todos esos sufrimientos los soportó doña Mencía con valor, con cristiana resignación, con nobleza de alma. Ella nos representa la virtud, representa a nuestras madres.

\* \* \*

La criolla fue doña María Centeno.

Dos mujeres hubo en los primeros años de la colonia, cuyo recuerdo se conserva después de tres centurias: doña María del Pardo, en Remedios, española de nacimiento, y doña María Centeno, hija de padres españoles, nacida en Santafé de Antioquia. La tradición las pinta a ambas como tipos de energía, como famosas administradoras de sus bienes y haciendas. Refiriéndose a la Centeno decían los viejos que con la misma facilidad con que se echaba a cuestras un marido, montaba a horcajadas en briosos caballos luciendo brillantes espolines; que acompañada de esclavos salía de la ciudad los lunes de cada semana a inspeccionar y dirigir los trabajos de sus minas; que bajaba a los apiques y entraba a los socavones como cualquier minero; que personalmente dirigió el acueducto de varias leguas de extensión para llevar el agua al molino, y que al

fin de la semana volvía a la ciudad con el oro extraído para gastarlo bien gastado o para que su segundo marido lo malgastara.

Era hija del Capitán Fernando de Zafra Centeno y de doña Juana Taborda. De su madre heredó su afición al séptimo sacramento, superándola, pues si doña Juana completó tres maridos, la hija contó cuatro. Fue el primero García de Jaramillo, a quien heredó las minas de Buriticá, varias haciendas y muchos esclavos; fue su segundo marido Alonso de Rodas Carvajal, hijo natural de don Gaspar de Rodas, matrimonio en el cual le tocó a ella la peor parte por la vida relajada que él llevó, que la obligó a solicitar el divorcio; su tercer marido fue Antonio Machado, pero ese vínculo fue nulo por la supervivencia de su segundo esposo; y ya octogenaria se casó por cuarta vez con el Capitán Ocio y Salazar, matrimonio en el cual sólo buscó un administrador para sus bienes. Aun cuando su cuarto marido murió poco antes que ella, no le quedaron alientos para completar los cinco.

\* \* \*

En estas tres mujeres, amables radioescuchas, encontramos el origen de nuestra raza, origen que no debe buscarse en la semítica, porque a Antioquia no vinieron judíos. Busquémoslo, en la india Inés, que simboliza la fidelidad en el amor y la desconfianza; busquémoslo en la española doña Mencía, que simboliza la hidalguía, la virtud y el valor; busquémoslo en la criolla doña María Centeno, que simboliza el esfuerzo en todas sus manifestaciones.

**Antonio Gómez Campillo**

---

## ANTIOQUIA EN LA HISTORIA

Antioqueños de Antioquia la grande:

Cumplo con la fácil y grata tarea, para un hijo de la gloriosa y blasonada ciudad de Antioquia, de elevar en esta noche una salutación a la ciudad señora, genitora de pueblos laboriosos, y a la estirpe fecunda de la raza.